



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Cuentos para la gente menuda



Romualdo Nogués

ROMUALDO NOGUÉS

CUENTOS PARA
LA GENTE MENUDA



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Romualdo Nogués

Nació el 17 de enero de 1824 en Borja, España.

Desde su juventud tuvo aptitud para el ejercicio militar, gracias a lo cual llegó a ser cadete en el Regimiento de Voluntarios de Aragón, a la edad de trece años. Entre los años 1844 y 1846, luchó en las guerras carlistas y formó parte del Batallón de Cazadores de Antequera. Se desarrolló en cargos de gobierno y escribió sobre temáticas regionales, militares y también artísticas. Entre sus obras destacan *Cuentos, dichos, anécdotas y modismos aragoneses* (1881 y 1885), *Cuentos para gente menuda* (1887) y su recordada autobiografía *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja* (1898).

Falleció el 5 de marzo de 1899 en Madrid.

Cuentos para la gente menuda

Romualdo Nogués

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Diseño y concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

***CUENTOS PARA
LA GENTE MENUDA***

LAS TRES NARANJITAS DE ORO

Jugaba el hijo del rey a la pelota en la plaza con varios jóvenes, tan locos como él, cuando, al pasar una espantosa vieja, de un pelotazo le rompió la alcuza, quedándose sin vasija, sin aceite y obligada a cenar a oscuras, en unión del gatazo negro que la acompañaba. Como era hechicera, hizo mal de ojo al hijo del rey, que enfermó gravemente, y desahuciado por los médicos de cámara, a la desesperada llamaron a la maldita y rencorosa vieja, para que remediase el mal que había hecho, amenazándola con desollarla viva, quemarla y aventar sus cenizas.

La diabólica curandera examinó al joven, y dijo que sanaría si cogía por su mano las tres naranjitas de oro, y que para evitar los riesgos del camino, debía llevar prevenidos siete panes, siete cántaras de leche y siete ruecas. El hijo del rey montó en un soberbio caballo andaluz (en aquella época gustaba más lo español que lo extranjero), y emprendió el viaje, seguido de los bagajes necesarios.

Después de caminar varios meses, encontró siete gigantescos perros, que, al verlo, se disputaron el honor

de tragárselo. Conforme iban abriendo sus enormes bocas, el hijo del rey les echaba un pan. Como el hambre satisfecha amansa a los animales furiosos y a los hombres políticos, le dejaron pasar sin causarle daño.

Andando leguas y leguas, al creerse próximo a terminar su viaje, se le interpusieron en el camino siete enormes culebras, silbando y amenazando herirle con sus puntiagudas lenguas. El joven las puso a cada una su correspondiente cántara de leche, la bebieron con ansia, se hartaron, y quedaron aletargadas completamente.

Cuando el hermoso príncipe iba más descuidado y contento, lo rodearon siete viejas desgredadas y feas como visiones infernales. Eran brujas endemoniadas. Ya se preparaban, con gran algazara, a arrancarle el pellejo a tiras con sus largas y sucias uñas; pero el mozo las aseguró que en la Corte del rey, su padre, las damas más encopetadas hilaban que se las pelaban. Como a las mujeres, aunque sean de la edad de Matusalén, les gusta seguir la última moda, quedaron los siete espantajos muy alegres, cada una con su rueca, instrumento que antiguamente ponían por burla y castigo a los soldados que en las batallas se portaban con cobardía. Tan solemnes brujas nada ignoraban; de ellas descenden

nuestras actuales sabias, y en pago del valioso regalo, enseñaron el ansiado naranjal al hijo del Key. Este, palpitándole el corazón, cogió una naranjita de oro, la partió, y salió de ella una señora muy guapa, que le dijo:

—Necesito jofaina para lavarme, toalla para secarme y peine para peinarme.

Como el joven no pudo complacerla, la dama desapareció. Al abrir la segunda naranjita de oro, encontró otra señora más bella que la anterior; tuvo la misma exigencia, y no satisfecha, se le escapó de entre las manos.

Desesperado el mozo, recurrió a las consabidas viejas, y a pesar de que las puercas no se lavaban, secaban ni peinaban, tenían el utensilio necesario, y se lo dieron enseguida.

Partió el hijo del rey la tercera naranjita de oro; se presentó a su vista la mujer más hermosa que puede imaginarse; le pidió lo mismo que las dos primeras, se lo presentó, y ella de un salto se colocó en la grupa del caballo, al cual le nacieron alas. Con la presteza del

relámpago, el nuevo Pegaso condujo al caballero y a la dama al palacio real.

Se casaron y tuvieron un hijo muy bonito: el príncipe marchó a la guerra, que fue larga y sangrienta, y al ver sola a la hermosísima princesa, los palaciegos se conjuraron para matarla. Se encargó de ejecutarlo una camarista, y al peinar los rubios, sedosos y abundantes cabellos de la que llegaría a ser reina, la clavó un largo alfiler de oro en la cabeza.

No pereció, sino que la pobre se convirtió en paloma, y escapó volando por el balcón. El ave jamás se alejó de palacio, porque en él dejaba a su inocente y hermoso niño. Las madres, aunque sean irracionales, no abandonan a sus hijos. La palomita entraba siempre que podía por los balcones de palacio; llevaba a su hijo flores y frutas en el pico, lo arrullaba y lo besaba. Si alguno de sus enemigos se le acercaba, le volvía la cola, se marchaba, y se colocaba en la cornisa del alcázar, de modo que le fuera fácil ver al niño.

Al regresar triunfante el príncipe, preguntó en las inmediaciones de la capital por qué no salía su esposa a recibirle; le contestaron que de dolor por la ausencia

de su marido, se había vuelto negra y fea. En palacio le presentaron una esclava africana, gran comediante, instruida en el papel que debía representar y de la historia de la infeliz que por envidia habían sacrificado.

El príncipe se consolaba de la transformación de su mujer acariciando a su hijo y a la palomita, que repetía sus visitas. Un día que pasaba la mano por la cabeza de la avecilla, observó que tenía un bultito; separó las plumas, vio un alfiler de oro, tiró, lo sacó, y la paloma volvió a su primitiva forma de mujer, más hermosa que nunca.

Murió el rey, heredó su hijo, mandó emparedar a la infame peinadora, arrojó a los intrigantes de su Corte, se quedó casi solo, gobernó con justicia, no hizo caso de las recomendaciones de los altos ni de las adulaciones de los bajos, y vivió con su esposa y su hijo, que llegó a ser tan virtuoso, buen mozo y valiente como su padre.

Cuentito contado, por la ventanita se fue al tejado.

LA VARITA DE VIRTUDES

El secretario y fiel de hechos de un pueblo preguntó a sus tres hijas:

—¿Cuánto me quieren?

—Más que a mi vida —contestó la mayor.

—Más que a mi alma —respondió la mediana.

—Yo —dijo la más chica— le quiero más que a la sal y el agua.

Como el padre no comprendió el sentido de la frase, y gustaba que le adulasen hasta las hijas, echó de casa a la más pequeña. Afligida la niña, caminaba sin saber adónde, cuando se encontró una perrita de aguas casta, la más inteligente de la raza canina. Un hechicero le había enseñado a hablar, y preguntó a la chiquilla:

—¿Por qué lloras?

—Porque no tengo pan para comer, ni paja donde dormir.

—Toma esta varita de virtudes —y señaló la perra con la pata un precioso palito con los extremos de oro, que el animal había soltado de la boca durante la conversación—. Con ella —añadió— conseguirás cuanto desees, si al mismo tiempo dices las palabras que te voy a comunicar en secreto.

La perrita, puesta en dos patas, acercó el hocico a oído de la chica, y escapó como una exhalación.

La niña pidió albergue en el palacio real. La servidumbre creyó que una pobrecita tan mal atrapada (vestida) no estorbaría; la admitieron y destinaron a cuidar los patos del jardín. La reina la vio, le chocó su hermosura, supo que se llamaba Mariica, el fútil motivo por qué la abandonó su padre, y le regaló un traje completo. Hubo quien se alarmó, temiendo llegara la pastorcita de patos a la privanza real. Conforme la paterita crecía, se aumentaban sus encantos y la rabiosa envidia que le tenían los bajos servidores de palacio. Para deshacerse de ella, refirieron a la reina que al parecer la humilde chicuela era tan orgullosa que aseguraba podría dar de comer a mil convidados sin ayuda de nadie. La

soberana creyó el cuento, y sonriendo desdeñosamente, exclamó:

—Mariica lo ha dicho, Mariica lo hará, si no, la cabeza se le cortará.

Todos se apresuraron a comunicar tan cruel sentencia a la que por celos ya odiaban.

La paterita dijo a la varita maravillosa:

—Con la virtud que tú tienes y con la que Dios te ha dado, me saques de este apuro. Sol y luna, Dios me ampare y mi fortuna. Luna y sol, Dios me ampare y su favor.

Por encanto apareció en el principal salón de palacio una mesa ricamente puesta, llena de manjares exquisitos y con cubiertos de oro para mil personas. Las criadas de la reina se mordieron los labios, y los criados del rey se hincaron las uñas en la carne hasta hacerse sangre.

Pronto inventaron nueva falsedad. Aseguraron que la paterita ofrecía limpiar toda la ropa blanca de palacio, y

la de los cien mil guardias del rey, en quince minutos. La reina dio una carcajada, y repitió:

—Mariica lo ha dicho, Mariica lo hará, si no, la cabeza se le cortará.

De esta no te escapas, pensaron los encarnizados enemigos de la que guardaba los patos.

Esta, al noticiárselo, pronunció, mirando a la varita, la fórmula sibilítica referida, y se le presentó una urraca, ave parlanchina, que le dijo:

—Se ejecutará lo que deseas.

Levantó la picaza el pico, y dirigiéndose al océano que se divisaba en el horizonte, cantó:

—*Pajaritos del mar, unos a acarrear y lavar; otros a secar y planchar, los demás a guardar.*

Millones de aves marítimas, obedeciendo con pasmosa actividad las órdenes despóticas de la urraca, en menos de un cuarto de hora dejaron la ropa más blanca que la nieve, recogida en los armarios de palacio y repartidas

las camisas a los cien mil soldados de la guardia real, sin necesidad de cabos furrieles ni lavanderas.

Los más intrigantes y aduladores del palacio real inventaron un imposible mayor que los anteriores. Como la reina tenía la inmensa pena de que su hijo mayor se hallaba encantado, le dijeron que la paterita juraba podía desencantarlo.

La reina, al oírlo, vistos los prodigios que había llevado a feliz remate la de los patos, replicó muy confiada:

—Mariica lo ha dicho, Mariica lo hará. Y si lo hace, con mi hijo casará.

La niña recurrió a la varita, y antes de concluir de pronunciar «Luna y sol, Dios me ampare y su favor», brotaron de la tierra dos lindos pajes. Conducían un magnífico caballo, una copa de cristal de roca con adornos de oro esmaltado, y un pájaro de tornasolados colores. Uno de los pajes dijo a la heroína de esta fiel y verídica historia:

—Monta en el alazán, sigue al pájaro, y guarda la copa.

Arrebatados por el huracán, corrió el caballo y voló la avecilla, parándose de pronto junto a una fuente. El pájaro mandó a su vez a Mariica:

—Coge una copa de agua y tirlala al aire.

Al evaporarse el líquido, quedó el príncipe desencantado. A los pocos días se casó con la envidiada niña.

Barrieron la servidumbre de palacio.

La nueva no fue mejor. De lo malo indispensable, la menor cantidad posible.

Convidaron a comer a todos los secretarios de los pueblos del reino. La princesa preguntó a su padre por sus hijas, y respondió:

—Tenía tres. Las dos mayores, muy cataplasmeras (aduladoras), me abandonaron cuando más las necesitaba. A la más pequeña, porque no las imitaba, la arrojé de casa.

—Esa soy yo —dijo la hermosa Mariica, abrazándole—. Los quiero más que al agua y la sal, sin las cuales no se puede vivir.

LOS HERMANOS GEMELOS

Un padre quería que sus dos hijos gemelos se dedicasen al estudio; como eran calaveras, valientes y de genio, le pidieron para cada uno un caballo, un perro y una lanza, y prometieron que se buscarían la vida como Dios les diese a entender. Visitaron a una maga, la cual les ofreció que si uno de ellos se hallaba en grave peligro, al otro se le volvería sangre el agua que fuera a beber.

Un dragón espantoso tenía atemorizada a una nación entera. Cada mes, para evitar que devorase a sus habitantes, le echaban para que se tragara a una hermosa doncella, sorteada entre todas las del país. Le tocó a la hija del rey, la vistieron magníficamente, y la llevaron desmayada a un gran palacio situado fuera de la ciudad, para que el monstruo la devorase. Cuando la conducían al sacrificio, llegó a la población por casualidad uno de los referidos hermanos; preguntó por qué lloraban

hombres y mujeres, grandes y chicos. Le dijeron la causa, se colocó a caballo en el patio del palacio, entró el dragón dando rugidos espantosos, y lo atravesó con su lanza. Un lago donde podían navegar barcos se formó con la sangre que derramó la horrenda fiera. Como sucede siempre, el valeroso paladín se casó enseguida con la infanta, hermosísima muchacha.

Al día siguiente de la boda estaban los novios en los miradores de palacio; preguntó el caballero a su mujer qué eran unas murallas que se divisaban en el horizonte, y contestó:

—El castillo llamado «No entrar, si la vida quieres conservar».

Por más esfuerzos que hizo la infanta, no pudo detener a su marido. El espíritu aventurero lo dominaba; quería llevar a cabo las más peligrosas hazañas, y, aunque le aseguraron que de cuantos iban ninguno volvía, montó a caballo y se dirigió a la referida fortaleza. Una vieja que encontró en la puerta, con voz temblorosa dijo al caballero:

—Tengo miedo que me muerda el perro que llevas; haz el favor de atarlo con esta cuerda.

En cuanto el aventurero la tocó, quedaron encantados jinete, caballo y perro.

Al instante, al otro hermano, que estaba a miles de leguas, se le volvió sangre el agua que iba a beber. Emprendió la marcha, y arribó a la capital donde acababan de suceder hechos tan estupendos. Se alojó en palacio; como era igual a su hermano el encantado, la infanta, loca de alegría, lo equivocó con él, lo abrazó, y le dijo:

—¡Ay, mi querido esposo! Desde que te fuiste no he cesado de mirar hacia aquel maldito castillo —y señaló con su rosado dedo índice las lejanas murallas.

Lo oyó el nuevo caballero, calculó que allí estaba su hermano, y para libertarle, sin pensar en los peligros que le amenazaban, montó, y veloz como paja arrastrada por el viento, se halló delante de la puerta que guardaba la vieja encantadora, la cual le pidió que atase el perro, pretextando que podría morderla, y le alargó la cuerda. Pero el caballero la amarró con una correa a la cola de su

caballo, y la amenazó con llevarla de pueblo en pueblo para que los muchachos se divirtiesen en apedrear a una bruja, si no reducía a cenizas el castillo de «No entrar, si la vida quieres conservar», desencantando antes a su hermano. A este, convertido en estatua de mármol negro, juntamente con el caballo y el perro, formando artístico grupo, le sopló la vieja en el oído, y los tres volvieron a la vida. El castillo fue pasto de las llamas; el hermano libertador se casó, como era consiguiente, con otra hermosísima infanta, y de la vieja no se ha vuelto a saber más. De seguro el diablo cargaría con ella.

A los hermanos que se quieren y protegen, Dios les ayuda.

EL GIGANTE Y LA NIÑA

Un gigante poseía una huerta donde se criaban riquísimas peras. Una señora tuvo el capricho de comerse una, el dueño se empeñó en no dársela ni vendérsela por más dinero que le ofreció, sino cambiársela por la primera hija que ella diese a luz. La señora aceptó, creyendo que jamás la tendría, y se engañó. Al poco tiempo fue madre de una hermosa niña; la ocultó sin permitir que la viesan, temiendo que el gigante se la reclamara. A los seis años creyó que nadie se acordaría; la encontró el coloso, y la advirtió que no olvidase mandarle lo que le pertenecía.

La pobre mujer, asustada, escondió a la niña hasta que cumplió diez años. Entonces el gigante escribió a la señora que si no le enviaba a su hija, la mataría. Afligidísima la infeliz, y segura de que el malvado ejecutaría la amenaza, se la entregó. La chica era muy guapa, y llegó a conquistar el afecto de tan grande animal.

La muchacha cumplió los dieciséis años, lo pasaba bien en el magnífico palacio del gigante, y no sufría sino recordando el cariño de su buenísima madre. Como la chica eclipsaba en hermosura a las flores del jardín, calculó el gigante que si la veían se la robarían.

—Mira —le dijo—, te prohíbo que te asomes al balcón; los hombres son perversos a proporción de su edad y estatura. Si alguno te quiere llevar, echa una hoja de este árbol a sus pies antes que te toque, y te separará de él un río caudaloso de agua amarga. Si el infame lo pasara a nado, le arrojas una hoja de este otro árbol, y el río que le impedirá atravesar será de vino muy agrio. Si esto no fuera obstáculo para detener al que te persiga, le tiras una hojita del árbol que se halla en medio de los otros dos. El río que impedirá ser alcanzada será de aceite que hervirá a borbotones.

La muchacha poseía las tres potencias del alma, y sabía aprovecharse de ellas. Mientras el gigante dormía la siesta, la niña se asomaba al balcón, por hacer lo contrario de lo que le mandaban. Observó que un joven guapo y elegante la miraba; se hablaron, amaron y convinieron que por la noche vendría la sacaría del palacio, la conduciría a casa

de su madre y, si esta consentía, se casarían enseguida. A las pocas horas, los amantes huían en un veloz caballo. El gigante, al levantarse todos los días, llamaba a la chica:

—Lucero del alba, péinate los cabellos de oro.

Como no respondió la niña, entró en su cuarto, y del grito y patada que dio de rabia, retembló el edificio. Le habían robado a la única persona que había querido en su larga vida. Por la pista del caballo, averiguó el camino que llevaban los que huían a toda brida, y, furioso el hombrón, de cada paso adelantaba una legua. Pronto alcanzó al noble bruto que conducía sobre sus lomos la feliz pareja. El joven temblaba, pero la muchacha, sonriéndose, arrojó al gigante una de las hojas maravillosas que había cogido en la huerta la tarde anterior, así que, entre ellos y su perseguidor se interpuso un ancho y profundo río. El monstruo lo pasó a nado. Tiritaba de miedo el enamorado mozo; la niña, muy serena, tiró al suelo la hoja del segundo árbol, y un río de vino más caudaloso que el anterior atajó los pasos del gigante. Este, con sus anchas tragaderas, de un sorbo lo dejó seco.

No había remedio. De nada servía al caballero espolear al ligero animal, que corría más que el viento. Ya

tenía el feroz gigante levantada la manaza para aplastar a los que se le escapaban, cuando la dama, apoyada en el brazo derecho de su amante, dejó caer la tercera hoja. En el acto, olas inmensas de aceite hirviendo, de un olor insoportable, ahogaron al monstruo horrible y a sus maldiciones.

Libres y alegres se apearon; llegó la noche, y se durmieron. Se creían dichosos y próximos al término de su viaje, cuando un ejército de gigantes, más espantosos que el que acababa de perecer en un mar de aceite, agitando sus larguísimos brazos, trataban de despedazarlos; como la niña no tenía ya las hojas portentosas para detenerlos del susto despertó, abrió los ojos y se halló en la cama junto a su madre, de la cual no se había separado nunca.

Las muchachas, a los dieciséis años suelen tener sueños semejantes.

HAZ BIEN SIN MIRAR A QUIÉN

Una pobre viuda tenía un hijo muy hermoso. No lo podía mantener, y le aconsejó se marchase a probar fortuna. Le dio muchos besos, unas alforjas, un pan, y le encargó que nunca olvidase la máxima «haz bien sin mirar a quién».

Anda que anda, el chico llegó a la orilla de un ancho y cristalino río; se sentó, comió un pedazo de pan, y le echó unas miguitas a un pájaro muy mono. El bonito animal se le acercó sin temor, el muchacho lo cogió, lo metió vivo en las alforjas, y pensó:

—Me lo comeré asado cuando se me acabe el pan que me dio mi madre.

En el momento recordó lo que esta le había encargado:

«Haz bien sin mirar a quién».

Y soltó la avecilla, que voló cantando de alegría.

El chico se durmió sobre la mullida hierba, se levantó con el sol al día siguiente, y continuó su marcha río abajo.

Con el fresco de la mañana tuvo hambre, sacó el pan que le sobró la tarde anterior, caminaba y comía. Al beber en el río, vio junto a la orilla a un barbito precioso, y le arrojó el pedacito de pan que le quedaba; el pez se descuidó, y el rapaz lo pescó. Pero lo volvió a tirar enseguida al agua, diciendo para sí:

—Haz bien sin mirar a quién.

El barbo, libre, desapareció, saltando de contento.

Poco antes de anoecer, entró el chico en una gran ciudad. No conocía a nadie, no tenía dinero ni albergue; al pedir limosna en la puerta de un palacio, salían a pasear una señora rodeada de sus hijos, tan bellos y buenos, que parecían ángeles, los cuales se compadecieron del muchacho; rogaron a su madre, y consiguieron que lo admitiese de criado para que los acompañara en sus juegos y diversiones.

El chicuelo se hizo querer de todos; era muy listo, respetuoso, trabajador incansable, siempre estaba alegre, a nada ponía reparo, y llegó a tener fama de ejecutar bien y pronto los encargos más difíciles.

La mencionada señora, bañándose en el río, perdió la sortija de diamantes y esmeraldas que su marido le regaló al casarse. Creía en la necedad de que si no recuperaba alhaja tan estimada, infinitas desgracias caerían sobre su familia. Para que se la buscara, amenazó al pobre criadito que lo despediría, si no se valía de su talento y se la presentaba antes de veinticuatro horas.

El infeliz chico miraba desconsolado correr el agua del río, cuando vio, conoció y llamó, al barbo con quien partió su pan y después de haberlo pescado se arrepintió y salvó la vida. Refirió sus penas al animal. Al oírlas (era un buen pez), se hundió rápidamente en lo más profundo del agua, y apareció enseguida con la perdida sortija en la boca.

La entregó al niño y este a la señora, que, loca de alegría, le colmó de regalos. Al año de tan sorprendente suceso, enfermó una niña, que la señora quería más que a las de sus ojos. Los médicos aseguraron que moriría sin remedio, si no tomaba una píldora de gran virtud, que solo sabía fabricar un boticario medio brujo, que habitaba en una ciudad sitiada por numerosos ejércitos

de descomunales salvajes antropófagos, que degollaban y devoraban a cuantos trataban de penetrar en ella.

—Vete de esta casa, y no vuelvas hasta que traigas la píldora que han recetado a mi idolatrada hija —dijo la señora al criadito.

Este, desesperado, salió al campo; se arrimó acongojado al tronco de un frondoso árbol donde revoloteaba el pájaro de brillante plumaje, al cual le echó miguitas y después de cazarlo le puso en libertad. Lo llamó, contó sus cuitas, y la avecilla desapareció. Voló a la ciudad sitiada, entró en el laboratorio del boticario por la ventana, mientras el brujo limpiaba los anteojos con el pañuelo, y le robó la maravillosa píldora. Hendió los aires con la rapidez del rayo, y puso el remedio en la mano del muchacho, moviendo las alas en señal de alegría y reconocimiento. ¡Era un buen pájaro!

La niña tomó la medicina y sanó. Cargó el chico un carro con el dinero y dulces que le dieron, regresó a su pueblo, abrazó a su madre y vivió dichoso, en premio de no haber hecho daño a los animales que Dios crió, ni olvidado la máxima cristiana: «Haz bien sin mirar a quién».

LA BUENA HIJA

Una mujer dejada de la mano de Dios, solo así podía suceder, odiaba a su hija porque era más guapa que ella. Mandó a un criado que en un carro la llevase atada, y al pasar por un espeso bosque la matara. Como prueba de que lo había ejecutado, debía traerla el corazón, la lengua y un dedo meñique.

Al criado le dio lástima la juventud y hermosura de la muchacha, y entregó a tan mala madre la lengua y el corazón de una perrita que el carro aplastó en el camino, diciendo que el dedo se le habría perdido, porque no lo encontraba en las alforjas.

La infeliz chica se refugió en una cueva inmediata a otra que servía de albergue a una cuadrilla de bandidos. Mientras estos salían a sus correrías, la pobre muchacha, en pago de los restos de la comida que encontraba en la cueva, la barría y arreglaba las camas. Los bandoleros, admirados y temiendo que pudieran sorprenderlos, dejaron a uno de centinela, que se durmió. La mocita entró de puntillas para no despertarle y limpió la caverna.

A todos los de la cuadrilla, uno tras de otro, que encargaron la vigilancia, les sucedió lo mismo, y ninguno supo explicar el misterio. Admirado el capitán de ladrones, arrogante mozo, que se metió a tan mal oficio porque mató en desafío a uno que insultó a su madre, se quedó de guardia. Cerró los ojos; la muchacha se acercó pasito a pasito, lo creyó dormido, y cuando más descuidada se encontraba, la agarró el capitán por la cintura, y resbaló el banco donde se hallaba sentado.

—¡Ay! No me mates y respeta mi honra —exclamó la asustada joven.

—Al contrario —dijo aquel, soltándola—; necesitamos una criada, y nunca encontraremos otra más hermosa.

El jefe de bandidos había nacido caballero: como las ideas de nobleza que se adquieren en la niñez, y las cicatrices de las heridas que se reciben en la guerra tarde se borran, el capitán sacó una pistola del cinto, y añadió:

—Al que te vaya a faltar, le levantaré la tapa de los sesos.

Lo hubiera cumplido.

El criado repitió muchas veces a la desgraciada chica, al dejarla en el bosque, que si deseaba vivir, no se acercase jamás a su madre; mas ella ansiaba verla, y nunca la olvidaba. Un día que salió a la puerta de la caverna a tomar el sol, se le acercó una vieja, y le preguntó:

—Niña, ¿qué haces aquí tan sola y triste?

—Pensar en mi madre.

—¿Por qué no la buscas?

—Es imposible.

—Toma esta sortija, y cuanto desees, aunque sea en sueño, se cumplirá.

La muchacha se puso el anillo, quedó hechizada, en la apariencia muerta, y mucho más hermosa que viva. La vieja la colocó en una caja de cristal; quiso cargar con ella, y no pudo: la niña llevaba al cuello un escapulario. La hechicera buscaba en su imaginación un medio de separar del cuerpo de la niña el objeto religioso que le impedía arrebatarla por los aires y presentarla a sus compinches los demonios, cuando oyó ruido de caballos,

y desapareció, mesándose de rabia los cabellos. Era el hijo del rey, que con brillante tropa perseguía a los bandidos. En la puerta de la caverna le hirió la vista la caja de cristal, se apeó, la abrió, y encontró a la preciosa joven, muerta o desmayada. No volvió a acordarse del objeto de su expedición; cubrió con su capa de grana la caja de cristal, y la condujo a palacio. La depositó en una sala magnífica, tapizada de seda, cuyos muebles eran de marfil y oro; a nadie participó el hallazgo, y enamorado de la bella encantada, pasaba los días contemplándola extasiado. No quería participar su dicha a los demás. Al salir de la sala cerraba y guardaba la llave. Una vez se olvidó de ejecutarlo, y la reina, que, como mujer, era curiosa, y como madre se hallaba alarmada de ver a su hijo tan preocupado desde su última expedición militar, y registró la sala, y halló el tesoro que ocultaba el príncipe. Para sorprenderle agradablemente, dispuso que las damas cambiasen el vestido ordinario que llevaba la hechicera y hechizada muchacha, por uno magnífico. Al arrancarla la sortija que le dio la bruja para ponerle otra de más valor, quedó la niña desencantada; se puso de pie, llena de vida, de gracia y de belleza. Parecía un sol. A los gritos de la reina acudió toda la corte. Todos por unanimidad convinieron, lo cual solo en los cuentos

fantásticos es posible, en que la joven no tenía el más pequeño defecto, y que debía casarse inmediatamente con el príncipe. Se verificaron las bodas. La muchacha, que al principio le persiguió la desgracia, acabó por ser lo más feliz que se puede imaginar, en recompensa de querer siempre a su madre, aunque esta con ella no podía haberse portado peor.

BLANCA ROSA

Un rey muy vicioso se jugó la corona con el diablo, la perdió, y lo destronaron. Recurrió el príncipe a una maga que lo protegía, la cual le dijo que ignoraba el medio de recuperar el símbolo de la monarquía, y que consultaría caso tan arduo con un adivino que le debía muchos y grandes favores. Este aconsejó a la maga que reuniese a todas las aves, que, como vuelan tan alto y tienen tan buena vista, lo saben todo, y alguna le diría dónde se hallaba el castillo de «Irás y no volverás», donde el diablo guardaba la corona.

La maga, con una varita, hizo un círculo en el aire. En el acto, por encanto, se pobló de aves grandes y chicas. Las preguntó por el castillo, y se callaron. Solo la avutarda manifestó que, interesada, por hallarse su imagen en el escudo de armas del reino, haría un reconocimiento y volvería.

Voló, y regresó al momento. Explicó, cantando, que para conseguir el príncipe lo que deseaba, debía ocultarse en un bosque junto al lago que había inmediato al castillo; que cuando se bañase la hija del gobernador de la fortaleza, le robase los vestidos, y no se los devolviese

hasta que la viese muy apurada. La avutarda, que por lo ligera y servicial debía llamarse «avelista», se ofreció de guía. El príncipe se agarró a la cola, y en un dos por tres llegaron al bosque, y se escondieron, mientras la hija del señor del castillo, niña preciosa de quince años, se metía en el agua, despojándose de su túnica de tisú de oro. Cuando se la quiso poner, no la encontró; la avutarda, revoloteando, se la había quitado y llevado al príncipe. La hermosa doncella exclamó llorando:

—El que el vestido me dé, del mayor apuro le sacaré.

El destronado monarca mandó la túnica con el ave, para no alarmar el pudor de la niña, y después se presentó.

—¿Qué quieres? —le preguntó la linda muchacha, nombrada Blanca Rosa por su color y hermosura (era la virtud del arrepentimiento).

—Recuperar mi corona, que se encuentra en el castillo de «Irás y no volverás».

La niña cogió al príncipe de la mano, llamó en la fortaleza, abrieron, acarició a un perro gigantesco de tres cabezas que guardaba la puerta, condujo a su protegido

al salón negro, donde se hallaba el diablo sentado en un trono de llamas de fuego, que recibió al exmonarca sonriéndose y burlándose en su interior, porque con malas artes, como sucede entre tahúres, le había ganado la corona.

—Te daré lo que deseas, si con el trigo que te entregaré mi mayordomo consigues sembrarlo, segarlo, trillararlo, aventarlo, molerlo, cernerlo, amasarlo, cocerlo y echar el pan al perro de tres cabezas que hay a la puerta del castillo; todo en veinticuatro horas.

Recurrió el príncipe a su bella protectora, que le mandó arrojar el grano desde el balcón al jardín. Se asomó, y, con espanto, vio al trigo nacer, salir las espigas y dorarlas el sol; una nube de enanitos practicó todas las operaciones, desde segar hasta llevar el pan todavía caliente a las fauces del monstruoso perro.

Volvió a reclamar su corona el príncipe; pero el diablo, que, como todos los que no son buenos, cumple tarde y mal lo que promete, le replicó:

—No la obtendrás, si no me entregas en cambio una sortija que hace quinientos años a un ascendiente tuyo se

le cayó en el mar al irse a pique el barco que mandaba en un combate. Solo se salvó de la tripulación tan valiente guerrero.

Dificultad tan insuperable hizo desmayar al príncipe. Acudió a Blanca Rosa; esta frunció las cejas, y le dijo severa:

—Ofrecí sacarte de todos tus apuros, y no faltaré a mi palabra. Verás.

Apareció una enorme tortuga, que, en un abrir y cerrar de ojos, fue al mar y volvió con la sortija del vigésimo abuelo del que perdió su reino al juego. El diablo se la regaló, y le advirtió:

—No me vuelvas a tentar; abandona el vicio, toma tu corona, cástate con Blanca Rosa; te gusta y a ella no le eres indiferente; monta en un caballo que hay en la cuadra que corre más que el viento, y cuando llegues a la capital de tus estados, les esperará la tropa formada, y el pueblo entusiasmado les conducirá al palacio.

Ni visto ni oído. Así sucedió según refería una abuela que a la sombra de un árbol del jardín tenía embelesados

a varios nietos durante las horas de la siesta. Y añadía la anciana:

—El peor de los vicios es el del juego. Siempre va acompañado de otros. El que lo tiene, pierde el honor, y muchas veces la vida.

“ Andando leguas y leguas, al creerse próximo a terminar su viaje, se le interpusieron en el camino siete enormes culebras, silbando y amenazando herirle con sus puntiagudas lenguas...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA